

El Buen Pastor - Covid-19

El 7 de abril se celebraron los 130 años del nacimiento de Victoria Ocampo.

Si Victoria hubiera vivido el momento que estamos padeciendo, hubiese escrito ya un *testimonio* sobre las tremendas y angustiantes circunstancias que dominan el mundo entero: la pandemia causada por un coronavirus, originado en Wuhan (China).

Para homenajear a esta gran mujer argentina en este nuevo aniversario, me gustaría recordar, en apretada síntesis, cuando Victoria Ocampo estuvo en la cárcel *El Buen Pastor*, en el barrio de San Telmo. Se trata de una situación de privación de la libertad, injusta en su caso, debido a causas políticas, para luego, a la luz de lo que su comportamiento me inspira, brindar una breve reflexión personal del momento actual.

El 8 de mayo de 1953 dos bombas estallan en Plaza de Mayo mientras habla Perón, en un acto de adhesión al presidente organizado por la CGT. Hay seis muertos y muchos heridos. Se acusa, como autor material, entre otros, a Roque Carranza, militante radical. Esa noche, grupos exaltados peronistas incendian la Casa del Pueblo, sede del Partido Socialista, la Casa Radical y el Jockey Club, sin que haya intervención policial.¹

Mientras ocurrían estos hechos, Victoria estaba en su casa de Mar del Plata. Por la mañana, llegan cinco oficiales de la policía y un comisario a detenerla. Allanan sus casas y no encuentran nada que la comprometa o relacione con el atentado. Sin embargo, es llevada a la cárcel donde permanecerá veintiséis días. Allí solicita que le hagan llegar una Biblia y donde tiene que compartir un cuarto con otras once presas, nueve por razones políticas y dos por delitos comunes de homicidio. Entre Victoria y las convictas se genera una gran fraternidad donde las anima a cultivar talentos para ocupar el tiempo. Por su parte las entretiene contándoles cuentos, narrando personajes de teatro que sabía de memoria, recitando poesías. Las presidiarias debían usar un uniforme con el nombre completo y una de ellas le había bordado el suyo. Victoria recuerda así esos momentos: “*conservo esa tirita de género como recuerdo de nuestra maravillosa camaradería. No sospechábamos, antes de la cárcel, hasta dónde puede llegar ese sentimiento (...) he conocido una de las formas más puras de la solidaridad humana*”.²

Hoy cuando la amenaza del COVID-19 nos obliga a estar confinados en nuestros hogares, llenos de angustia y temor en medio de un gran desamparo, viene a mi mente un pasaje de la Biblia del libro del profeta Daniel. Daniel ha sido

¹Cf. López Alonso, Gerardo, *Cincuenta años de historia argentina*, Buenos Aires, Belgrano, 1982, p. 131.

²Ocampo, Victoria, *Testimonios. Quinta serie*, Buenos Aires, Sur, 1957, pp. 242.245.

deportado a Babilonia en tiempos del Rey Nabucodonosor. Una noche el Rey tiene un extraño e inquietante sueño que ninguno de sus adivinos, hechiceros, astrólogos o magos pudo dilucidar. Será Daniel quien se lo adivine e intérprete. En su visión Nabucodonosor vio una gran estatua cuya cabeza era de oro finísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro y los pies mitad de hierro y mitad de barro. De repente, sin que mano ninguna la moviese, se desgajó del monte una piedra que hirió los pies y la estatua se desmoronó, sin quedar nada de ella. La cabeza de oro simboliza el reino de Nabucodonosor que será seguido de otros reinos en creciente decadencia hasta que Dios suscite un reino que jamás será destruido.

Así ha sucedido con la llegada del virus, algo tan minúsculo, microscópico ha irrumpido inopinadamente en todo el mundo causando enfermedad, hambre, muerte, desesperación. Al igual que la estatua fatua que alzaba su grandeza sobre un pedestal frágil y quebradizo, la humanidad experimenta una crisis existencial que transparenta toda su debilidad. La desnudez es total, nada ficticio se sostiene, no hay espacio para máscaras o apariencias. Soledad, desamparo, incertidumbre, miedo, son los sentimientos con los que debemos lidiar día a día. Ciudades fantasmas hasta hace poco pobladas de seres humanos que se cruzaban sin mirarse o reconocerse. Dolor y sufrimiento nos ponen frente a un espejo de lo que somos como personas y como sociedad. El relativismo parece haber sufrido una herida mortal. Nada es como cada subjetividad determina. La realidad se impone. No la dominamos. Al enemigo lo venceremos no con ideologías sino con realismo y una fraternidad universal. Escuchemos a Victoria: “En la cárcel uno tenía al fin la sensación de que tocaba fondo, vivía en *la realidad*. La cosa se había materializado (...). Ya estoy fuera de la zona de falsa libertad; ya estoy al menos en *una verdad*. Te agradezco Señor, que me hayas concedido esta gracia. Estos temidos cerrojos, estas paredes elocuentes, esta vigilancia desenmascarada, esta privación de todo lo que quiero –y que ya padecía moralmente cuanto aparentaba estar en libertad– la padezco por fin materialmente. Te agradezco este poder vivir en la verdad, Dios desconocido, el único capaz de colmarme concediéndome inexorablemente mis votos más ardientes. Siempre he querido la verdad por encima de todo, como si ella fuera la forma palpable de la libertad: pues bien, aquí la toco”.³

Ahora que debemos estar confinados, aislados, con *distancia social*, vamos tomando conciencia de cómo nos necesitamos unos a otros. Sabemos que ya nada será igual y que las sociedades deben replantearse la solidaridad. Esta hermandad es la que abrirá los caminos para superar la adversidad. Lewis afirmaba que Dios nos susurra en el placer y nos habla a gritos en el dolor. El dolor es el megáfono de Dios para hacerse oír. Ciertamente para muchos se abre una vía de búsqueda, de preguntas trascendentes que pueden llevarlo a Dios.

³Citado en Vázquez María Esther, *Victoria Ocampo el mundo como destino*. Buenos Aires, Seix Barral, 2002, p. 236: Ocampo, Victoria, Testimonios. Séptima serie. Buenos Aires, Sur, 1967, p. 121.

Para otros, puede reafirmarlos en su indiferencia religiosa. Victoria gustaba de repetir las palabras de Gandhi: “Dios es la Verdad”, le decía al creyente; “la Verdad es Dios”, al ateo. “No puedo hallar a Dios sino en el corazón de la humanidad”.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 5 de abril de 2020

Dra. Cristina Viñuela

Profesora de la Diplomatura en Cultura Argentina

Área Literatura